

Arturo Guillén R.*

La economía mexicana y el gobierno de Vicente Fox

Introducción

DURANTE las elecciones de 2000 la mayoría de la población mexicana se manifestó por el cambio al elegir a Vicente Fox como Presidente de la República. No sólo se manifestaron en ellas el hartazgo popular frente a un sistema político antidemocrático y vertical, sino también la necesidad de instaurar un nuevo modelo económico, después de dos décadas de políticas neoliberales. El modelo neoliberal vigente ha significado crecimiento económico mediocre e inestable, crisis recurrentes, empleo insuficiente, empobrecimiento de las mayorías, extranjerización del sistema productivo y financiero y pérdida creciente de soberanía frente al exterior.¹

Como afirma el subcomandante insurgente Marcos, el 2 de julio de 2000, la sociedad le marcó un rotundo no al sistema político de partido de Estado:

Con este “¡NO!” hecho arma y bandera, una multitud anónima de mexicanos le dieron el tiro de gracia a un sistema político que, por más de siete décadas, sembró de catástrofes y cadáveres la historia nacional. Los muertos en el camino no eran pocos: la justicia, la democracia, la libertad, la soberanía nacional, la paz, la vida digna, la verdad, la legitimidad, la vergüenza, y, sobre todo, la esperanza.²

A poco más de un año de la toma de posesión del gobierno de Fox, las esperanzas de cambio han sido frustradas en buena medida. Si bien la alternancia política era una necesidad en el proceso de democratización del país, lo acontecido

*Profesor-investigador titular de T.C. del Departamento de Economía de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Jefe del área de Economía Política. México, D.F. E-mail: grja@xanum.uam.mx. Agradezco el apoyo entusiasta y valioso de Maritza Granados, ayudante de investigación del área de Economía Política.

¹Véase del autor, *México hacia el siglo XXI: crisis y modelo económico alternativo*, México, Plaza y Valdés edit.-UAMI, 2000, 319 pp.

²Subcomandante insurgente Marcos, *México 2000: ventanas abiertas, puertas por abrir*, *La Jornada*, México, 4 de diciembre de 2000, p. 6.

demuestra que la mera alternancia era una condición necesaria, pero no suficiente para acelerar los cambios políticos y económicos que reclama el país.

Es verdad que no todo es negativo. Es cierto que las elecciones se han vuelto procesos creíbles supervisados por una instancia independiente del Estado; que el Poder Judicial ha cobrado mayor independencia respecto del Ejecutivo; que el Congreso es plural, que actúa como contrapeso del Ejecutivo y que sus decisiones tienen mayor influencia en la vida pública; y que, bajo presión de la sociedad y de los medios de comunicación se han tomado recientemente algunas decisiones positivas como la liberación del general Gallardo y de los campesinos ecologistas injustamente presos, así como la revisión de los hechos del 68 y las masacres y desapariciones de las décadas pasadas.

Sin embargo, también es igualmente cierto que el camino de la democratización tiene un amplio trecho por recorrer; que el corporativismo de las organizaciones sindicales y populares, montado por el régimen priísta, se mantiene sin cambios y se subordina al nuevo gobierno; que la lucha contra la corrupción es cosmética y se endereza contra “peces flacos”; que el federalismo es más retórica que realidad; que la tecnocracia neoliberal sigue controlando posiciones claves en el gobierno, sobre todo dentro del “gabinete económico”, así como en el banco central; que una avalancha de cuadros gerenciales de las grandes empresas privadas que apoyaron la campaña de Fox, se han insertado en el sector público; y en particular, que los intereses del capital financiero internacional de las empresas transnacionales y de los grandes grupos privados nativos son los que siguen determinando la orientación y el sentido de la política económica.

La política económica de la administración Fox, nueva variante del neoliberalismo

Si bien las elecciones fueron un proceso pulcro en cuanto al ejercicio del voto (los votos se contaron y contaron), no en cuanto a los montos y los medios de financiamiento utilizados por los candidatos y los partidos en las campañas (los dineros no se contaron bien), hay razones para suponer que hubo un acuerdo, explícito o cuando menos implícito, entre el régimen saliente y el llamado “gobierno del cambio”. Aquél interesado en el reconocimiento de las supuestas bondades del modelo económico neoliberal y sobre su continuidad, así como que no se castigaran las corruptelas de su sexenio y de los anteriores, éste en que Zedillo, el impoluto liberal globalifílico, no estorbara su ascenso al poder y aceptara la derrota del candidato priísta Labastida, al cual el propio Zedillo y sus allegados no dejaban de achacarle “resabios populistas”.

Durante su campaña, Vicente Fox ofreció poner el crecimiento económico y la creación de empleos en el centro de sus objetivos de política económica. Planteó como meta alcanzar una tasa de crecimiento del PIB del 7 por ciento anual y crear 1'300,000 empleos anuales durante su gestión. No acaba de acomodarse en la silla, cuando dichos objetivos fueron abandonados o en el mejor de los casos aplazados, ante el proceso de desaceleración de la economía estadounidense comenzado durante el tercer trimestre de 2000.

En materia económica, en vez de cambio y de búsqueda de nuevas estrategias de desarrollo que los reveses de la globalización neoliberal señalan como una necesidad urgente, ha habido una mera continuación de las políticas económicas restrictivas aconsejadas por el *Consenso de Washington* e impuestas e instrumentadas por los estados nacionales y el FMI.

Ante la desaceleración de la economía, se decidió aplicar una política económica procíclica en vez de una política anticíclica que contrarrestara los efectos recesionistas provenientes del centro hegemónico estadounidense. El Banco de México, no sólo mantuvo la política monetaria restrictiva aplicada a lo largo del sexenio anterior, sino que la profundizó a través de la política de “cortos”, lo que impidió la reactivación del crédito bancario y restringió el consumo privado. En el informe del Banco de México correspondiente al año 2000 se rechazaba la conveniencia de utilizar mecanismos fiscales para contrarrestar la menor actividad económica y se señalaba que: “Los acontecimientos de los últimos meses plantean un escenario complejo para 2001 que requerirá, para consolidar un proceso de desarrollo económico sostenido, de una combinación de políticas económicas que apoyen congruentemente el objetivo de reducir en definitiva la inflación.”³

Curiosa manera de “consolidar el desarrollo económico sostenido” privilegiando el uso de políticas restrictivas de corte ortodoxo. Pero la ortodoxia no se limitó a la esfera monetaria, sino que se extendió al manejo de la política fiscal. La doctrina de austeridad y déficit presupuestal cero se ha mantenido incólume. Resulta difícil imaginar cómo crecer al 7 por ciento, crear 1'300,000 empleos y reducir la pobreza sin abandonar el mito del equilibrio fiscal y sin incrementar el gasto público, principalmente el gasto de inversión.

Todo ello en aras de erradicar la inflación y acercarla a la de nuestros socios comerciales del norte, como si la inflación fuera el problema económico principal en la actualidad y, no como parece ser el caso, las tendencias recesivas y a la deflación, no sólo en México sino en la economía mundial. Lo que no se dice es que ambos, restricción monetaria y política de “déficit cero” –análoga a la aplicada

³Banco de México (2001), *Informe anual 2000*, Banxico, México, abril de 2002, p. 2.

infructuosamente por Caballo en Argentina– tienen como principal objetivo mantener tasas de interés reales altas para atraer el ingreso de flujos externos de capital especulativo, los que vienen no a ampliar la capacidad productiva de la economía, sino a obtener altos rendimientos y a apropiarse de lo que queda de la riqueza nacional, lo que de paso, permite sostener la estabilidad artificial del tipo de cambio.

Vicente Fox, quien en su campaña ofreció cambiar el modelo económico, ya como Presidente se ha manifestado en diversas oportunidades por mantenerlo y por continuar con la aplicación de políticas ortodoxas. A finales del año pasado, en plena recesión, afirmó que su gobierno mantendría la estabilidad monetaria, el control efectivo de la inflación, la reducción de las tasas de interés y la responsabilidad fiscal. Se declaró partidario de continuar con el cambio estructural, pues, según él, llegó la hora de “sacar adelante” las reformas hacendaria, energética, de telecomunicaciones, laboral y rural.

“Nuestra estrategia –afirmó– ha demostrado su viabilidad y eficacia y no responde a una moda, ni a una creencia ideológica ni a un capricho personal. El modelo se mantendrá porque es sencillamente una condición indispensable para el desarrollo.”⁴

Y apenas hace unos días en una entrevista concedida a un diario alemán, si bien se manifestó por “construir una globalización humanizada”, afirmó: “Yo no creo que la globalización no tiene la culpa de lo que suceda a favor o en contra de determinado país [...] En particular como país, vemos la globalización como un reto, y a nosotros, a México, nos ha permitido avanzar y crecer hasta el nivel que hoy tenemos.”⁵

Difícil encontrar mejor apología del salinismo y del zedillismo. En la misma entrevista definió su agenda para el 2002 y estableció lo que considera los seis ejes estratégicos de su administración, a saber:

- Conducción prudente de los indicadores macroeconómicos.
- Estímulo a la competitividad y al potencial de expansión del mercado interno.
- Acciones directas para la protección del empleo.
- Impulso a la reforma laboral.
- Respaldo a las reformas estructurales en materia de telecomunicaciones, energía y sistema financiero.
- Nueva política social para erradicar el paternalismo y promover la equidad y la inclusión social.

⁴ *La Jornada*, México, 21 de septiembre de 2001.

⁵ *La Jornada*, México, 9 de febrero de 2002.

El programa económico de Fox es neoliberal no sólo en sus propósitos, sino en las acciones emprendidas durante su primer año de gobierno. Éstas han mantenido inalterables los parámetros del *modelo de economía de mercado abierta* impulsado por sus antecesores. Entre otras cosas:

- Se conserva sin cambios la política de apertura comercial y sigue sin existir una política industrial que promueva la articulación de las cadenas productivas.⁶
- Se considera que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) no debe revisarse en su contenido actual. Se plantea sí un TLCAN plus, lo que implica abrir la discusión con Estados Unidos de los flujos migratorios, pero a cambio de efectuar concesiones en materia energética, en función de la estrategia trazada por las transnacionales del petróleo estadounidense y el clan Bush-Cheney.
- La apertura irrestricta de la cuenta de capital sigue sin alteraciones. Los flujos privados de capital siguen siendo el principal mecanismo de financiamiento de los desequilibrios presupuestal y de la balanza de pagos. Salvo algunos cambios fiscales incipientes introducidos por el Congreso en el paquete fiscal, se rehúye cualquier intento de gravar o regular dichos flujos.
- Se mantiene una política de flexibilidad total a la inversión extranjera directa.
- Se mantienen las políticas privatizadoras y de apertura al capital privado en los sectores estratégicos en manos del Estado: generación y comercialización de energía eléctrica, distribución de gas natural, petroquímica, seguridad social, pensiones, etcétera.
- Se promueve una reforma laboral que, bajo el criterio de elevar la competitividad y la necesidad de adaptarse a la globalización, tiene por objetivos principales flexibilizar la contratación de la fuerza de trabajo y reducir los derechos y prestaciones de los trabajadores.
- Se siguen aplicando topes salariales y los incrementos de salario se establecen, como se ha hecho durante las últimas dos décadas, en función de la inflación esperada y no de la inflación pasada, lo que impide la recuperación de los salarios reales.
- La política cambiaria es la misma del zedillismo, es decir, una “flotación sucia” que provoca la apreciación permanente y peligrosa del peso.

La recesión estadounidense de 2001

La interrupción del crecimiento de 10 años de la economía estadounidense y la reiteración de la ortodoxia monetarista vinieron a dar al traste con cualquier propósito foxista de lograr altas tasas de crecimiento económico.

⁶La política de fomento de los “microchangarros” sobre la que tanta propaganda se hizo durante el proceso electoral, resultó ser el *parto de los montes*.

La recesión económica arribó a Estados Unidos en marzo de 2001. El ataque terrorista del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, por su efecto destabilizador y por su impacto en la economía y en los niveles de confianza, reforzó las tendencias recesionistas que se venían incubando desde meses atrás. La *nueva economía*, nombre con el que se identifica a las transformaciones tecnológicas asociadas a las telecomunicaciones, la informática y el Internet resultaron ser, como siempre ha sucedido con las expansiones largas del capitalismo, nuevas ideologías con las que se pretendían ocultar las crecientes contradicciones del sistema en la era de la globalización financiera.

El aviso de que el *boom* estaba llegando a su fin provino de Wall Street. El índice Dow Jones se estancó desde mediados de 1999. Durante la crisis asiática la Bolsa de Nueva York había registrado un ascenso espectacular al volverse un refugio ante la inestabilidad de los mercados emergentes. Desde abril de 2000 el índice NASDAQ comenzó una caída libre, ante los reportes de bajas en las ganancias de las acciones en el sector de la *nueva economía*. Entre marzo de 2000 y el 10. de noviembre de 2001, registró una baja espectacular, al descender de 4,573 puntos a 1,696, lo que significa una caída del 62.9 por ciento. El índice Dow Jones, aunque no ha registrado aún una caída similar, pues en cierta medida ha servido de refugio en la recomposición de portafolios de los inversionistas que se deshicieron de títulos tecnológicos, disminuyó 16.6 por ciento entre agosto de 2000 y de noviembre de 2001.

La recesión estadounidense es el resultado de contradicciones profundas gestadas durante la larga fase de expansión. La recesión fue provocada por una baja en los márgenes de ganancia de las corporaciones, sobre todo en aquellas que operan en la *nueva economía*. Esta baja está vinculada con el tipo de técnicas de producción utilizadas en esta nueva ola de transformaciones tecnológicas. Existen crecientes evidencias de que ésta favorece la utilización de *técnicas consumidoras de capital* (*capital deepening* o *capital absorbing*). Si como sucedió durante la expansión previa, el *stock* de capital crece a una tasa más rápida que la de la fuerza de trabajo y la productividad, entonces el proceso productivo se torna más y más un proceso intensivo en capital, lo que provoca la baja de la tasa de ganancia.

La *nueva economía* descansa en el acrecentamiento de los gastos de capital –acicateados por una transformación tecnológica permanente– sin que esa densificación del capital se vea correspondida por un incremento en la misma proporción, de la eficiencia en el sector productivo –en la industria y en el sector primario–, ya que, como señalé en otro trabajo,⁷ la utilización de las nuevas tecnologías

⁷ Arturo Guillén R. (2001), “La crisis de un mito. La nueva economía y la recesión estadounidense. Trayectoria”, *Revista de Ciencias Sociales*, año 4. núm. 7/8, Monterrey, abril de 2002, pp. 145-160.

se concentra en el sector terciario (comercio, banca, finanzas, servicios), es decir, el aumento de la productividad se restringe a sectores improductivos que no entran al consumo de los trabajadores.

La baja en las expectativas de ganancia no sería tan preocupante si no estuviera asociada con un entorno financiero frágil. El auge estuvo asociado con un agudo proceso de liberalización, desregulación y globalización financiera; un frenesí bursátil, sólo comparable con el que precedió a la Gran Depresión de los años treinta; un acelerado endeudamiento de consumidores y corporaciones con bancos y sociedades bancarias no financieras; la diversificación de los productos financieros destacando el desarrollo del mercado de derivados y otros instrumentos de alto riesgo.

Con la desaceleración productiva y el desplome del NASDAQ esta compleja superestructura financiera que comanda el proceso de acumulación del capital, se fragilizó. Con la recesión en plena marcha, las posibilidades de una crisis financiera se incrementan. Las corporaciones de la *nueva economía* y muchas de la vieja economía enfrentan serios problemas financieros para refinanciar sus deudas en bonos y papel comercial. Los bancos restringen y aumentan la selectividad de sus créditos, lo que no sólo afecta a las corporaciones sino también a los intermediarios financieros no bancarios que incrementaron sustancialmente su endeudamiento con los bancos, amparados en el alza irrefrenable de la bolsa. Pero ahora que la ruleta se ha detenido, ese mecanismo se ve cuestionado. Existe un paralelismo entre la situación actual de Estados Unidos con la de Japón, cuya burbuja financiera estalló a comienzos de los noventa. Y aunque existen también diferencias respecto a Japón, los peligros de una crisis financiera con su secuela deflacionaria para todo el mundo, son una amenaza real.

La debilidad de la economía de Estados Unidos ha incrementado los riesgos de una crisis global. Durante las últimas tres décadas, la globalización financiera neoliberal ha mundializado los circuitos del capital, pero al costo de intensificar, generalizar y sincronizar las crisis. Se estima que el crecimiento del PIB mundial se reducirá drásticamente, al pasar de 4.8 por ciento en 2000 al 1.3 por ciento en 2001, es decir, una baja de 3.5 puntos porcentuales, una pérdida muy superior a los dos puntos de crecimiento del producto perdidos durante la crisis asiática.

La herencia zedillista

Las políticas seguidas por la administración de Zedillo y por sus antecesores neoliberales tienen responsabilidad en los problemas que enfrenta actualmente la economía mexicana.

La salida de la crisis de 1994-1995 que tuvo efectos sistémicos en la economía mundial, fue posible en gran medida por las opciones abiertas a las exportaciones mexicanas por el auge especulativo de la segunda mitad de la década de los noventa sustentado en la *nueva economía*, así como por el retorno al mercado internacional de capitales facilitado por el programa de rescate instrumentado por la administración Clinton. Es decir, al precio de una mayor integración y vulnerabilidad del sistema productivo del país y de un enorme endeudamiento, la economía mexicana logró recuperarse.

En 1996 y 1997 se creció a tasas altas (5.1 y 6.8 por ciento, respectivamente), registrándose una desaceleración durante 1998-1999 debido a los efectos de la crisis asiática. En el año 2000 el PIB creció 6.9 por ciento.

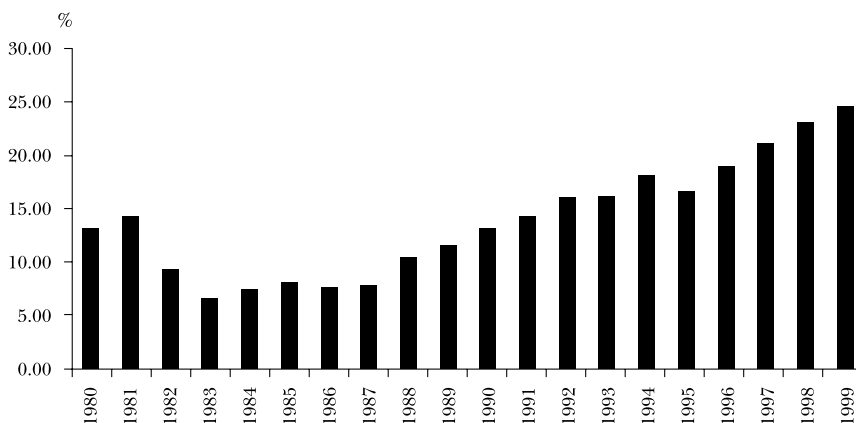
La recuperación zedillista se fincó sobre bases frágiles. La crisis bancaria nunca fue resuelta. El crédito bancario se ha mantenido prácticamente estancado desde 1995, salvo en lo que se refiere a la ligera reactivación registrada en el segmento vinculado con el consumo. Los agentes económicos permanecen sobreendeudados y dependiendo del autofinanciamiento y del crédito de proveedores. Los grandes grupos siguieron recurriendo al financiamiento externo. Al terminar el sexenio, el endeudamiento externo e interno total (incluyendo Pidiregas, rescates empresariales y bancarios, así como deuda de grupos privados y bancos) alcanzaba niveles sin precedente.

La apertura de la economía iniciada en los ochenta provocó una marcada reestructuración del sistema productivo. La integración hacia el norte significó la ruptura de cadenas productivas nacionales y su sustitución por cadenas regionales en aquellas actividades y/o empresas líderes, que juegan el papel de fuerzas motrices y polos de desarrollo dentro del proceso de integración, y que se concentran en el norte del país y en la frontera con Estados Unidos.

El modelo neoliberal permitió la modernización del sector exportador de la economía, pero al precio de marginalizar al resto del sistema productivo, el cual sigue dependiendo de mercados nacionales o locales contraídos. La heterogeneidad estructural del sistema se acentuó, dejando a amplios sectores y grupos sociales al margen de los beneficios de la globalización. Como el nuevo modelo económico funciona sobre la base de salarios reales bajos y restringida participación directa del Estado en la economía, el mercado interno en vez de expandirse se estancó, afectando seriamente a la mayoría de las empresas y actividades que dependen de éste.

Las empresas exportadoras y el conjunto del sistema productivo son ahora más dependientes de las importaciones de bienes intermedios y de capital (véase gráfica 1). El contenido importado de la oferta se incrementó radicalmente a

GRÁFICA 1
MÉXICO: PARTICIPACIÓN DE LAS IMPORTACIONES
EN LA OFERTA GLOBAL



Fuente: INEGI.

partir de la apertura de los ochenta. La participación de las importaciones en la oferta global pasó del 14 por ciento en 1981 al 25 por ciento en 2000.

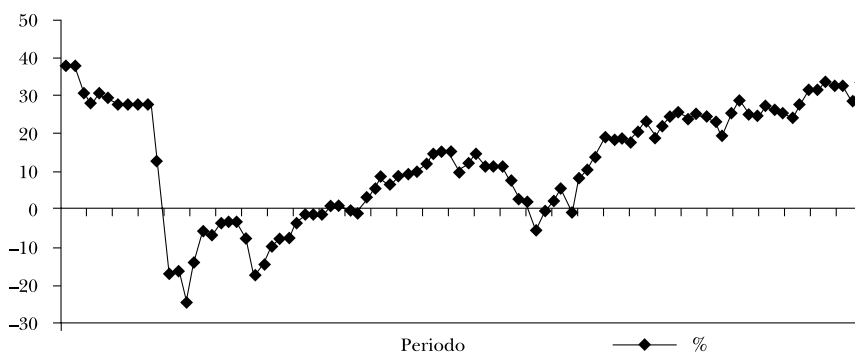
La tendencia estructural al desequilibrio externo se agravó a lo largo del sexenio anterior. El déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos que tiene como sustento estructural la desarticulación del sistema productivo, se agravó con el modelo neoliberal y la apertura externa. La fragilidad del sistema productivo en México va de la mano con su fragilidad financiera. Cuando la economía crece, el déficit de la balanza comercial aumenta en forma más rápida que en la época de la sustitución de importaciones. Durante el periodo 1998-2001, la balanza comercial registró un déficit acumulado de 31,293 millones de dólares (MD). Esa cifra aunque alta de por sí, es engañosa. Si se excluyen, como debería ser, los ingresos netos de las maquiladoras, el déficit en el periodo ascendió a 92,207 MD. Durante el mismo lapso el déficit en cuenta corriente acumulado fue de alrededor de 65,000 MD.

El financiamiento del déficit en cuenta corriente depende de la entrada de flujos de capital privados externos volátiles y del ingreso de inversiones extranjeras directas, las que más que ubicarse en el país para ampliar la capacidad productiva, vienen a apropiarse de activos ya existentes a precios de regalo, vía privatizaciones, así como fusiones y adquisiciones. Para mantener la atracción de capitales externos, se aplican políticas monetarias y fiscales restrictivas, las cuales tienen efectos recesivos en la economía e incrementan la fragilidad del sistema bancario

y financiero. Durante el periodo 1998-2001, la cuenta de capital registró un superávit acumulado de 86,000 MD aproximadamente.

La entrada de capitales externos sobrevalúa la moneda y estimula el endeudamiento externo. La lógica financiera del nuevo modelo de acumulación es, por ello, fuente de inestabilidad y de crisis financieras recurrentes. Desde 1997 el peso ha acumulado una sobrevaluación respecto al dólar, la que al terminar la anterior administración rondaba el 30 por ciento (véase gráfica 2). Dicha sobrevaluación permitió reducir el índice inflacionario pero al precio de reprimir el crecimiento económico y la creación de empleos y de preparar las condiciones de una nueva crisis.

GRÁFICA 2
GRADO DE SUBSOBREVALUACIÓN DEL PESO
MEXICANO CON RELACIÓN AL DÓLAR



El crecimiento alcanzado durante la administración de Zedillo no se tradujo en una creación de empleos suficiente para absorber el incremento de la población en edad de trabajar, mucho menos para reducir el desempleo y la marginalidad. Tampoco representó una mejoría de los salarios reales, los cuales se siguieron contrayendo, ni hubo una reducción de los niveles de pobreza y pobreza extrema.

En síntesis, la recuperación registrada durante el sexenio no creó las condiciones para un crecimiento duradero. Sus bases eran frágiles. Junto a una estabilidad macroeconómica en gran medida artificial, fundada en un peso sobrevaluado por el ingreso de capital externo, se desplegó de nuevo un desequilibrio externo importante (cerca del 4 por ciento del PIB), un déficit fiscal (incluyendo pasivos contingentes) también del 4 por ciento del PIB y un nivel de endeudamiento interno y externo (principalmente privado) que resta posibilidades a cual-

quier política auténtica de desarrollo económico y de solución de los problemas sociales.

El desarrollo de la recesión en México

No obstante la fragilidad de la economía al momento del cambio de gobierno, Vicente Fox compró el discurso de la estabilidad y concedió que la administración anterior le entregaba una economía en crecimiento con fundamentos macroeconómicos sanos. No terminaba aún de ajustarse la banda presidencial, cuando la economía mexicana comenzaba a desacelerarse.

En cuanto la máquina estadounidense detuvo su marcha, la economía mexicana entró en recesión. La recesión estadounidense cuya duración es difícil de prever, impactó de manera más severa a las economías más dependientes de Estados Unidos. La economía canadiense se desaceleró en forma notable. Singapur y Taiwán, las economías asiáticas con mayores vínculos con Estados Unidos, entraron en recesión y Hong Kong se estancó. En el caso latinoamericano, México es el único país que enfrenta una situación recesiva, aparte de Argentina que se encuentra inmersa en la recesión y la deflación desde hace cuatro años (véase cuadro 1).

CUADRO 1
ECONOMÍAS EN RECESIÓN: CRECIMIENTO REAL

<i>País</i>	<i>1997</i>	<i>1998</i>	<i>1999</i>	<i>2000</i>	<i>2001^e</i>	<i>2002^e</i>
Hong Kong	5.3	-5.	3.1	10.5	0.6	1
Singapur	9	0.3	5.9	9.9	-3	1.2
Taiwán	6.8	4.9	5.4	6	-2.2	0.7
México	7	4.6	3.7	6.9	-0.2	1.2
Argentina	8.1	3.9	-3.4	-0.5	-2.7	-1.1

Fuente: FMI, Banco Mundial y otras fuentes.
e = estimado.

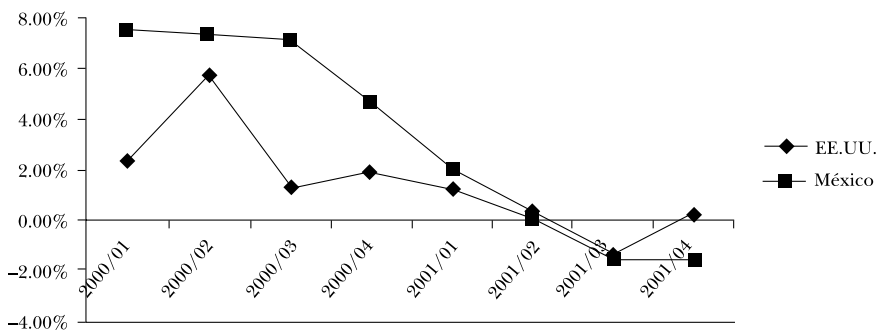
Es decir que a diferencia de lo que postula el discurso oficial, México no es una economía sólida en un mar de incertidumbre mundial, sino la economía del subcontinente que más ha resultado afectada por la recesión estadounidense.

La sincronía de México con respecto al ciclo de la economía estadounidense no es una casualidad. La integración del sistema productivo de nuestro país al sistema productivo de la potencia hegemónica responde a un proceso histórico

de larga duración, que se reforzó con la instauración del modelo neoliberal desde los ochenta y principalmente en los noventa con la firma y entrada en vigor del TLCAN.

Durante el tercer trimestre de 2000, la economía estadounidense comenzó a desacelerarse. El crecimiento anualizado del PIB se redujo del 5.7 por ciento en el segundo trimestre al 1.3 por ciento en el tercero. Con diferencia de un trimestre, la economía mexicana resintió sus efectos. El crecimiento del PIB se redujo durante el cuarto trimestre del 7.3 por ciento en el tercer trimestre al 5.1 por ciento en el cuarto (véase gráfica 3). En el primer trimestre de 2001 el crecimiento disminuyó aún más, al 1.9 por ciento. De hecho, la recesión en México comenzó durante el segundo trimestre cuando el PIB se estancó; en los siguientes dos trimestres se registró decrecimiento (-1.6 y -1.8 por ciento). A lo largo de 2001 el PIB disminuyó 0.3 por ciento.

GRÁFICA 3
CRECIMIENTO REAL DEL PIB EN MÉXICO
Y ESTADOS UNIDOS



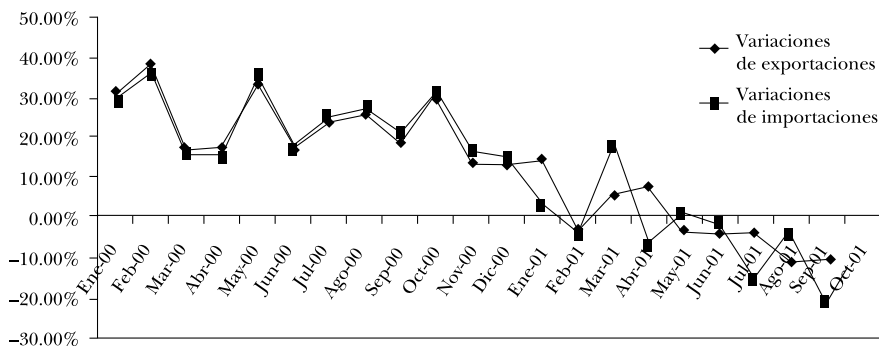
Fuente: INEGI.

La recesión es generalizada, ya que afecta a la mayoría de las ramas económicas. Se manifiesta de manera más aguda en industria manufacturera, construcción, minería y comercio, restaurantes y hoteles. Durante el tercer trimestre de 2001, la producción industrial disminuyó a una tasa anualizada de -4.7 por ciento, las manufacturas -5.5 por ciento, la construcción -4.1 por ciento y la minería -1.1 por ciento.

Por su casi completa dependencia del mercado estadounidense, el sector exportador y las maquiladoras han resentido con fuerza la recesión. De hecho,

ésta se manifestó primero en el sector exportador y de allí se transmitió al resto del sistema productivo. Las exportaciones de mercancías se han contraído en forma significativa. Durante 2001 disminuyeron 4.8 por ciento (véase gráfica 4). La baja en las ventas externas afecta por igual a las exportaciones petroleras (debido a la fuerte caída del precio del crudo),⁸ a las exportaciones de las maquiladoras y a las manufactureras (véase gráfica 5). Como puede observarse en dicha gráfica, las exportaciones comenzaron a perder dinamismo a finales de 2000, pero es a partir del primer trimestre de 2001 que comienzan a registrar tasas negativas. La contracción se agudizó durante el último trimestre del año pasado.

GRÁFICA 4
EXPORTACIONES E IMPORTACIONES TOTALES
(Variaciones anualizadas)

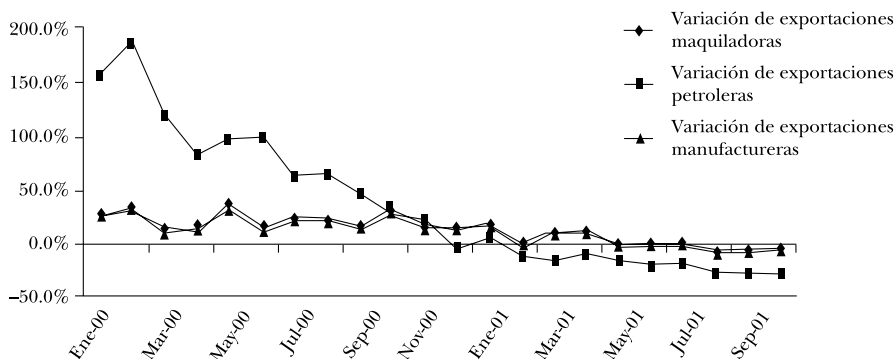


Fuente: INEGI.

Las importaciones también han resentido los efectos de la recesión, pero han disminuido a un ritmo inferior al de las exportaciones. En 2001 registraron una disminución del 3.5 por ciento respecto al año anterior. Sin embargo, el comportamiento de las importaciones por destino de los bienes ha sido diferenciado. Mientras que las de bienes intermedios y de capital han disminuido, las de bienes de consumo siguen aumentando (véase gráfica 6). Ello expresa la gran desigualdad en la distribución del ingreso, ya que, en un marco de creciente apertura comercial, los grupos de altos ingresos siguen importando bienes de consumo, a pesar de la recesión. En tal comportamiento influye evidentemente también el alto grado de sobrevaluación de la moneda.

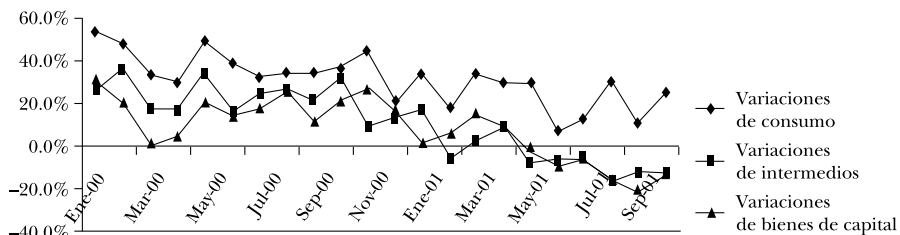
⁸El precio promedio de la mezcla mexicana ha disminuido más de 13 dólares en 15 meses, al pasar de 27.60 dólares en septiembre de 2000 a 14.15 en diciembre de 2001.

GRÁFICA 5
EXPORTACIONES POR GRUPOS DE ACTIVIDAD
(Variaciones anualizadas)



Fuente: INEGI.

GRÁFICA 6
IMPORTACIONES POR DESTINO DE LOS BIENES
(Variaciones anualizadas)



Fuente: INEGI.

A diferencia de lo que sucedía en crisis anteriores, cuando la recesión corregía el desequilibrio de la balanza comercial, en esta ocasión ante la ausencia de devaluación, el déficit comercial se ha incrementado. En efecto, éste ascendió a 9,792 millones de dólares en 2001, contra 8,003 en 2000. Ello refleja también la gran dependencia, que bajo el nuevo modelo tiene la acumulación de capital respecto de las exportaciones. La inversión ha sido el componente de la demanda agregada que se ha contraído más severamente. La inversión bruta fija disminuyó 9.4 por ciento en octubre de 2001 respecto al mismo mes del año anterior. El con-

sumo no ha caído en la misma proporción, pero es probable que lo haga conforme avance la recesión, se incremente el desempleo y se contraigan los salarios reales.

El costo en materia de desempleo ha sido ya muy alto. Conservadoramente puede estimarse que la pérdida de empleos ha sido alrededor de medio millón de plazas, aunque algunas instituciones, como la Universidad Obrera de México, calculan un total de 818,000.⁹ El número de asegurados permanentes en el IMSS, que es una referencia indirecta del nivel de empleo en el sector formal, registró una disminución de 453,351 plazas entre noviembre de 2000 y diciembre de 2001. Según datos del INEGI tan solo en las maquiladoras se perdieron 188,704 empleos, una reducción del 17.1 por ciento entre noviembre de 2000 y noviembre de 2001. Si al medio millón de empleos perdidos agregamos las 1'300,000 plazas que, deben crearse anualmente para absorber a la fuerza de trabajo, significa que alrededor de dos millones de compatriotas vieron esfumarse la oportunidad de conseguir un empleo remunerado el año pasado.

Perspectivas y conclusiones

El discurso oficial sobre el curso de la recesión y sobre su salida, es color de rosa. En su opinión, la economía mexicana enfrenta un problema de origen externo, inevitable en los tiempos actuales de globalización. Consideran además, que la respuesta de la economía mexicana ha sido ejemplar, pues por primera vez en la historia la baja en la actividad económica se ha presentado en un marco de estabilidad financiera y política y sin devaluación de la moneda, a diferencia de otros países, que, como Argentina, enfrentan una situación caótica. En su mensaje de Año Nuevo de 2002, el presidente Fox afirmaba: “Tenemos, pues, una economía que descansa sobre bases sólidas. Una economía que, además de garantizar que no enfrentamos crisis como las que por desgracia están ocurriendo en otros países hermanos, nos permitirá reiniciar el crecimiento en cuanto se superen las actuales turbulencias y dificultades internacionales.”¹⁰

No sólo eso, sino que quizás respondiendo a las críticas sobre el incumplimiento de sus promesas de campaña, asegura que: “Enfocaremos nuestros esfuerzos en lograr una recuperación sostenida del ingreso y del nivel de vida de la población; crear más fuentes de empleo; dar acceso a una vivienda digna; salud y bienestar a todos los mexicanos y mexicanas, especialmente a los más desprotegidos, a los que han permanecido al margen del desarrollo.”¹¹

⁹ *El Financiero*, México, 11 de febrero de 2002.

¹⁰ *La Jornada*, México, 8 de enero de 2000.

¹¹ *Idem*.

Para apoyar su visión optimista sobre el futuro de la economía, los responsables de la política económica mencionan, entre otros indicadores la baja inflación, el descenso de las tasas de interés, la fortaleza del peso, y la existencia de altas reservas monetarias internacionales netas, que a comienzos de febrero de 2002 alcanzaban 47,300 MD.

La recuperación, según nuestras autoridades, está a la vuelta de la esquina. La recesión estadounidense ya terminó o está por terminar y a más tardar durante el segundo trimestre de 2002, la economía de nuestros vecinos y socios volverá a crecer, lo que redundará en una reactivación automática de nuestras exportaciones y de nuestra economía.

Las cosas no parecen, por desgracia, tan sencillas. La recuperación estadounidense no será un proceso suave ni sencillo. La actual recesión no es una pausa cíclica típica, sino está inscrita en una larga expansión plagada de endeudamiento y excesos financieros. Los peligros de una crisis de deuda-deflación están presentes. El caso de Japón, atrapado en las redes de la deflación y enfrentando la llamada “trampa de la liquidez” —es decir una situación donde la política monetaria y fiscal resultan totalmente estériles— es el mejor ejemplo de los riesgos que corre la economía estadounidense.

El endeudamiento de la economía de Estados Unidos alcanza niveles sin precedentes. La deuda corporativa representa el 65 por ciento del PIB, mientras que la deuda total de los consumidores alcanza el 75 por ciento. La dependencia del financiamiento externo de su déficit en cuenta corriente es creciente. Se estima que éste llegará en 2003 al 6 por ciento del PIB, nivel que reclamará un mar de recursos provenientes del exterior, y sobre todo confianza de los eventuales inversionistas en la fortaleza del dólar. Entonces, más que una recuperación sin problemas en el corto plazo, es dable esperar un periodo prolongado de recesión y/o de crecimiento mediocre, en un contexto financiero plagado de riesgos sistémicos. Como afirma Stephen Roach:

Me reafirmo en la idea de que éste no es solamente otro ciclo económico. Sigo convencido que la economía estadounidense está sólo en las etapas tempranas de lo que podría resultar ser una prolongada sacudida de la burbuja financiera. La recesión estadounidense actual es, primero y ante todo, una purga de los excesos desde el lado de la oferta de la ecuación macroeconómica —el exceso de capital y de fuerza de trabajo utilizados cuando la burbuja fue inflada a finales de los noventa (...) De lo que se sigue que una economía estadounidense dependiente de la economía global tendrá que enfrentar las repercusiones de los ajustes de la burbuja financiera en los años por venir. En eso reside el mayor riesgo. En la era posterior a la burbuja,

la emergencia de riesgos sistémicos será la fuerza más poderosa determinando la economía global. Una recuperación sostenida no será fácil dentro de ese clima. Los riesgos sistémicos se alimentan unos a los otros perpetuando el proceso de tocar fondo, convirtiendo en vulnerable a la economía e inhibiendo una subsecuente recuperación.¹²

Si la recesión estadounidense se prolonga o se complica, la recuperación de la economía mexicana no será tan rápida ni tan sólida como la contempla el gobierno. Aunque en el contexto de la crisis global, México ha representado el papel del “menos malo” de la película, y por eso mismo se ha beneficiado del ingreso de capitales y ha evitado que la recesión se convierta en una crisis financiera, ha acumulado un conjunto de desequilibrios que detonarían tal crisis si el escenario empeora.

La sobrevaluación del peso alimentada por el ingreso de capitales es muy alta, del orden del 33 por ciento según nuestros cálculos (véase gráfica 2). Dicho nivel es insostenible y tarde o temprano deberá corregirse, so pena de que se presente una devaluación abrupta. A lo largo de nuestra historia reciente, las sobrevaluaciones del peso han sido antecedentes de crisis de pagos. El desequilibrio externo es alto (alrededor del 4 por ciento del PIB), y el déficit financiero del sector público (incluyendo Pidiregas y otros pasivos contingentes) alcanza el mismo nivel.

Un fantasma recorre México y ese fantasma se llama sobreendeudamiento. El alto nivel de la deuda pública y privada –externa e interna– es el obstáculo principal de la economía mexicana. Según la Secretaría de Hacienda la deuda pública externa es de 76,632 MD. Esta deuda sumada a la deuda interna representa el 23.4 por ciento del PIB, el índice más bajo según la SHCP de los últimos 30 años. Independientemente de que ese porcentaje está subestimado en virtud de la sobrevaluación del peso, lo que no se informa es que el elemento principal de la deuda externa lo constituye la deuda privada. Ésta asciende a 85,000 MD, por lo que la deuda externa totaliza más de 161,000 millones.

Y esa cifra es sólo parte del *iceberg* del sobreendeudamiento. Existen una variedad de pasivos contingentes que no se incluyen en la contabilidad de la deuda, pero que superan con creces la deuda documentada. Entre los principales pasivos destacan:

- IPAB, 789,000 millones de pesos.
- Rescate carretero, 105,400 millones.

¹²Stephen Roach, *Global: When the Tide Goes Out*. *Global Economic Forum*, N.Y. Morgan Stanley, 11 de febrero de 2002.

- FIDELIQ (rescate de la banca de desarrollo), 13,200 millones.
- Fideicomiso y fondos de fomento, 123,400 millones.
- Pidiregas.
- Fondos de pensiones del IMSS e ISSTE.
- Cartera vencida de Infonavit.
- Deudas de estados y municipios.

En un estudio reciente, los economistas de BBVA-Bancomer, calculan que si todos estos rubros se agregan, como debería ser, a la deuda, ésta representaría el 123.4 por ciento del PIB, es decir, una cifra espeluznante que no tiene ningún punto de comparación con los datos *color de rosa* publicados por Hacienda y que explica la avidez por la reforma fiscal dizque redistributiva foxista.¹³

Por ello, aunque las circunstancias sean diferentes a las de Argentina no podemos dejar de vernos en su espejo. Finalmente es el modelo de la globalización neoliberal el que no funciona. La causa de nuestros problemas no son sólo los errores cometidos por los gobernantes o la corrupción reinante en las dos realidades.

Urge cambiar de rumbo, construir una estrategia interna de desarrollo que sin ser antimundo, sea antes que nada nacional, que deje de privilegiar los intereses del capital financiero internacional y de las transnacionales y que se vuelque a resolver las necesidades de las grandes mayorías, postergadas durante tres décadas de ajuste y dizque de cambio estructural. Urge igualmente que la política exterior de México, en vez de preocuparse por estar presente en los conflictos preparados por el terrorismo internacional y la estrategia guerrera de la administración Bush, juegue un papel activo en la reforma profunda del sistema monetario y financiero internacional, la cual debe tomar en cuenta los intereses de los países de la periferia. Ello reclama un nuevo orden que incluya entre algunos de sus elementos centrales, la cancelación de la deuda externa y la regulación de los flujos privados de capital.

Avanzar en dichos cambios no será fácil, ni algo que impulsen el capital financiero ni las burocracias dóciles y corruptas de nuestros países, sino una lucha larga de resistencia que emprendan no sólo los partidos y organizaciones políticas, sino, principalmente las víctimas de la globalización neoliberal, es decir, los ciudadanos, los que ya se han hecho presentes desde Seattle hasta Río de la Plata.

¹³BBVA-Bancomer, *Pasivos contingentes y reforma fiscal. Informe económico*, México, febrero de 2001, pp. 34-41.